

EL MODERNISMO LITERARIO Y ARTISTICO EN CANARIAS

Para Octavio Paz, el Modernismo no constituye un movimiento literario delimitado en el tiempo y en la figura que lo representó de manera culminante: Rubén Darío, sino que, excediendo esa localización temporal y personal ocasionó una auténtica revolución estética cuyos efectos continúan vigentes hoy mismo. El propósito del Modernismo -tal como lo entiende Paz- era el movimiento por el movimiento mismo, es decir: el afán de búsqueda, de ensayar nuevas posibilidades expresivas que dieran al idioma castellano una mayor vitalidad. "La vanguardia de 1925 -anota el crítico mejicano- y las tentativas de la poesía contemporánea están íntimamente ligadas a ese gran comienzo".

Paz reitera aquí el pensamiento que también Juan Ramón Jiménez tenía sobre la función desempeñada por el Modernismo. Pero, desde luego, no todos los críticos que se han ocupado de analizarlo coinciden en apreciarlo de manera semejante. Cernuda dice a este respecto: "Los historiadores de nuestra literatura asumen sin excepción que el modernismo influyó y renovó el curso de la poesía española. En dicha asunción hay una petición de principio pues se da por establecido algo que antes debería probarse: la renovación de la poesía española bajo la influen-

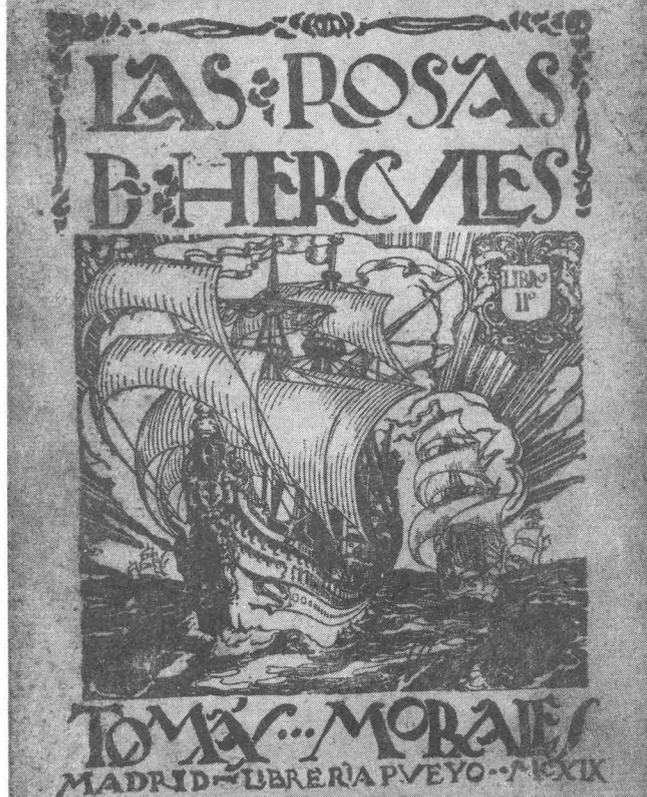
cia del modernismo". Salinas afirmaba que tal movimiento había obrado en el curso de la poesía española como "un cuerpo extraño". Las conclusiones de Unamuno y de Ortega no difieren de las últimas expuestas. Por el contrario: hay en ellas un tono de menosprecio hacia la obra de Rubén que desdice de su objetividad crítica.

Pero si en la poesía española, es, en todo caso, materia de discusión la influencia que pudo, o no pudo, ejercer el modernismo, y hasta qué punto, de existir dicha influencia, fue ésta beneficiosa, no hay duda de que su adopción por los poetas canarios es un hecho cierto que les comportó un considerable beneficio. Y ello no podía ser menos si tenemos en cuenta cual era la situación en que se hallaba aquí la poesía, subordinada a la escuela de La Laguna. "Esparcí entre la juventud... los principios de libertad intelectual y de pensamiento artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y en el arte de escribir". Evidentemente, la afirmación de Rubén Darío responde a la verdad de un hecho, quizá no tan abarcador y totalitario como él lo veía. Pero puede concluirse que los términos de su manifestación tienen confirmación exacta en la obra de los poetas canarios, jóvenes en los años primeros de este siglo. Los propósitos renovadores del modernismo imponían una ruptura con un pasado provinciano y anacrónico que se nutría de sí mismo, sin vías de solución. Y aquellos poetas consumieron tajantemente la ruptura, alentados por la obra y la actitud del poeta nicaragüense. Sin embargo, la influencia de Darío, y del Modernismo en general, obraría de muy diversa manera sobre los dos poetas canarios más trascendentes (hasta ahora) de nuestra historia: Tomás Morales y Alonso Quesada.

TOMAS MORALES

El libro más importante, y también el inicial en el tiempo, de esta primera etapa del modernismo canario es "Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar", de Tomás Morales (1884-1921) aparecido en 1908. Morales era entonces estudiante de medicina en la Universidad de Madrid, y en aquella ciudad hizo imprimir su





Portada de la primera edición de "Las Rosas de Hércules, realizada por Néstor.

libro. Este no define aún la personalidad de Morales, que habría de manifestarse plenamente en su obra segunda y última. Es fácil advertir en él la subordinación del poeta a la norma pseudo simbolista impuesta por Darío: princesas tristes, fiestas galantes, cortesanas, pastores y caballeros enamorados, etc. envueltos en la vago bruma de Rodembach. Su estilo, retórico y decadente, transparente en ocasiones al admirable artífice del verso en que se convertiría su autor pasados unos años. Apenas hay en esos poemas cosa extraída de la propia experiencia del poeta. Incluso sus "Vacaciones sentimentales", idilio campesino con una amiga de su hermana, idilio que bien pudo ser cierto, tiene un inconfundible aire literario que disminuye la supuesta verosimilitud. Más rigor y originalidad poseen sus poemas de ambiente marino en los que traza cuadros en ocasiones vigorosos del mar y de los hombres y las cosas que del mar o en el mar viven; el puerto, las naves, los marineros, la taberna. Abundan las pinceladas realistas, precisas, frutos de la observación directa:

*Es tarde de domingo: esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra:
son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves, sus copas de ginebra.*

Estos poemas no nos hacen olvidar lo que deben a la "Sinfonía en gris mayor", de Rubén Darío, ni a "El fin", de Tristán Corviere; sin librarse de la carga retórica que es absorbente en el resto del libro, pierden en elocuencia lo que ganan en tono narrativo. El mar de Morales es todavía mar de orilla, cordial, humano, curioso del detalle pintoresco, pero real al cabo.

La publicación del libro de Morales no añadía nada nuevo al modernismo hispano, pero significó en las islas la consumación de una revuelta trascendente: los cerebros entelarañados de nuestros poetas se espabilaron; se suscitó en ellos un fervor por la poesía moderna, desterrando conceptos y formas caducas. La presencia de Morales en Las Palmas (ya médico, ejercía en un pueblecito del norte de Gran Canaria, Agaete) contribuyó a mantener vivo el entusiasmo primero.

ALONSO QUESADA

En 1907, Alonso Quesada publica dos piezas teatrales cortas y un librito de versos. La primera de esas obras -"7, monólogo cómico"- fue escrita con el propósito -no realizado- de que se representara en una velada que la "sociedad de declamación" "Los Doce" había organizado en homenaje a Valle Inclán con motivo de la visita de éste a Las Palmas (7 enero 1907). La segunda, cuyo título "¡Bardo!" acarrea esta larga exégesis en la portada "monólogo cómico romántico, en prosa, con su poquito en verso modernista", fue redactada, como la anterior, en colaboración con Federico Cuyás, condiscípulo de Romero en sus años de colegial en el San Agustín y compañero en la redacción de "El gran Galeoto" un periódico satírico.

Esas dos publicaciones las firmó Romero con su propio nombre; no ocurrió así con el tomito de versos -"Hijos"- que apareció bajo la rúbrica de Gil Arribato -uno de los primeros en la larga serie de seudónimos que utilizaría el poeta en su actividad literaria- y con un prólogo del mismo Rafael.

La actividad más temprana de Romero como humorista no tiene excesivo interés. La atención que, en su momento, suscitaron esos opúsculos se debió a la evidente intención del chiste, y no a la existencia en ellos de otras características más legítimas del humor. Sin embargo, desde distinto punto de vista, al aislar ciertos condicionantes propios de la actividad posterior de Romero, tales obritas adquieren un valor histórico determinante: son, por un lado, muestras, aunque algo burdas, de su desenfado y audacia; y por otro, constituyen ejemplos de la repulsa inequívoca que el poeta sintió por los excesos del lenguaje modernista. Su sátira, especialmente la contenida en "Hijos", va dirigida contra los poetas cuyos escritos reiteran desnaturalizados, los tópicos puestos en activo por Rubén Darío o Salvador Rueda. Como señala Octavio Paz, "la atmósfera literaria de aquellos días estaba contaminada por el modernismo agonizante, y sus epígonos habían degradado su retórica en una feria de rarezas estereotipadas". Y es a esa degradación a la que Romero hizo objeto de sus burlas. El poeta advirtió sagazmente la decadencia de unos medios expresivos que habían ejercido su acción revolucionaria no hacía muchas décadas, pero que se repetían perdida ya toda su eficacia. En su reacción frente



Un típico dibujo modernista de Néstor.

a ese hecho Romero se limitó a parodiarlo, sin que se le ocurriera ensayar las posibilidades de una solución:

*Una tarde tristina me sombreaba
bajo el tilo ideal de un sil paseo...
Fue la tarde tristina de sus lloros,
fue la tarde tristina de sus besos.
La campana del ángelus plañía,
la campana plañía allá a lo lejos,
y ¡mira tú! caprichos de las almas,
de las almas esclavas del ensueño...
¡creí que eran suspiros los plañidos,
creí que eran suspiros de carnero!...*

Que la repulsa de Romero no era el modernismo considerado unívocamente, sino sólo la huera retórica de sus epígonos, lo confirma la estima en que el poeta tuvo siempre a Darío (en alguna ocasión lo llama "el amado maestro") y, en definitiva, la influencia que sobre su poesía futura iban a ejercer ciertas características de aquel movimiento.

"Hijos" no es, desde luego, la obra de un poeta; es la de un humorista que elige el verso como vehículo de comunicación. Lo mismo puede advertirse de sus piezas teatrales; éstas no responden, en ningún sentido, a propósitos serios de hacer obras escénicas, planteándose su problemática peculiar. En uno y en otro caso, lo que se pretende es extraer las mayores posibilidades cómicas a unos recursos expresivos caricaturizando su significación.

El Modernismo tuvo, pues, en Canarias, efectos distintos, que iban a dar origen a una obra también diferente. Tomás Morales escribiría "Las Rosas de Hércules", libro donde ahonda en el cultivo de un modernismo brillante y efectista; Quesada, por su parte, redactaría "El lino de los sueños" con un tipo de escritura

que atiende preferentemente al detalle cotidiano tratado con ternura e ironía, mediante un verso despojado, seco y flexible, que condensa no sólo su experiencia de lector de la poesía modernista, sino su conocimiento de otras literaturas ajenas a ese movimiento: la inglesa, la italiana, etc.

Además de Morales y Quesada, también Manuel Verdugo (1877-1951), Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936) y Lázaro Sánchez Pinto (1883-1913) publicaron un tipo de poesía que puede incluirse dentro del Modernismo. Pero su obra, en líneas generales, es de escaso valor.

El ambiente modernista, desde el punto de vista literario, lo completaban -e impulsaban- algunas revistas que daban cabida en sus páginas a la literatura producida por los poetas canarios españoles y sudamericanos. De esas revistas hay que destacar "Florilegio" (1913-1915) "Castalia" (1917) "La rosa de los vientos" (1927) y el periódico "Ecos", especialmente en la etapa en que lo dirigió Alonso Quesada.

EL MODERNISMO PLÁSTICO

Al contrario del literario -de importancia vital para el desarrollo de la literatura insular- el modernismo plástico apenas tuvo significación en Canarias. Sólo un pintor -Néstor- puede ser adscrito a él, con la específica circunstancia de que este artista desarrolló la mayor parte de su labor fuera de las islas -en Madrid, Barcelona y París- y que sólo a partir de 1930 (aproximadamente) residió en Las Palmas donde falleció en 1938.

La obra de Néstor -discípulo de Maifren- está ligada a cierta parcela del Modernismo catalán; no a la bronca y agresiva que representan Casas o Nonell, sino a la más amable y decorativa asumida por un Bertrán Masses, por ejemplo. Algunos dibujos de Néstor conservados en el Museo que lleva su nombre en Las Palmas -fechados en los primeros años del siglo, nos muestran a un pintor que sigue precisamente la maestría de Nonell en unas obras muy sueltas y rotundas, de acento dramático. Pero rápidamente se sentiría atraído por la práctica de un arte más de superficie, sin problemas al margen de los puramente pictóricos. Néstor es un artista de indudable fantasía, que sabía combinar realismo e imaginación -sus lienzos del "Poema del mar" son muestra elocuente de ello; varios de sus decorados teatrales reflejan la agresividad colorista del expresionismo alemán. Pero, en líneas generales que afectan a la mayor parte de su obra, Néstor malgastó sus dotes realizando una pintura amable y complaciente, eminentemente decorativa, que ha quedado inmersa dentro del Modernismo pictórico menos representativo.

LAZARO SANTANA